

POETAS DEL ESPERANTO

Versiones de Carlos A. Castrillón

Cinco poetas en Esperanto

Carlos Alberto Castrillón

Profesor Universidad del Quindío

La literatura en Esperanto —el idioma internacional creado por L. L. Zamenhof en 1887— tiene una larga tradición, tan antigua como la lengua misma. Por la singularidad del vehículo lingüístico elegido, los poetas que escriben en Esperanto son muy marginales, pero, al mismo tiempo, asumen una profunda *transnacionalidad* en sus obras, lo que se evidencia en los temas que proponen, en sus visiones estéticas y en su labor como intelectuales de la utopía.

Sin ciudadanía literaria reconocida y con la breve historia cultural que las respalda, las obras de estos poetas caen en contextos culturales muy diversos o sucumben a la atracción por el vacío. Son poemas que deambulan por el mundo, bajo sospecha inmutable, y cargan una impronta adversa que armoniza bien con el estatus de la lengua que los cobija: lo inexistente o lo innecesario.

Tal vez por eso en muchos de los poetas del Esperanto la ironía es la herramienta privilegiada para poner en juego la palabra de quien se sabe condenadamente atípico. Se trata de una ironía sustancial tejida sobre la universalidad difusa, con la duda sobre el lector, indefinido e incierto. La lengua en la que escriben es el producto de una angustia milenaria: la nostalgia por la unidad perdida, la agonía por las fronteras que dividen, la fraternidad imposible o diferida; no sorprende entonces que participen en cierto modo de la naturaleza utópica del Esperanto y celebren o conjuren en sus palabras la frustración inmanente en la que prosperan todas las utopías.

Para mí, como lector, escritor y esperantista, es esa bella conciencia del fracaso lo que resulta irresistible en estos poetas, de los cuales he elegido cinco para compartir. Todos ellos son conocidos entre los esperantistas del mundo como escritores de prestigio y valor; y son tan desconocidos como la lengua que escogieron.



Leonard N. M. Newell

Leonard N. M. Newell (Londres, 1902 - 1968) dejó una obra muy breve que quedó inscrita en la historia de la literatura en Esperanto. En 1987 se publicó su poesía completa en el volumen *Kolektitaj poemoj*. «Dos judíos» es uno de sus poemas inmortales.

Dos judíos

En una tarde de otoño en Viena,
en la bronceína luz de antes de la guerra
—la última, por supuesto—,
meditaba yo por la soleada avenida
tras dos viejos judíos.
Trastabillando un poco, discutían
bajo el vasto cielo pálidamente azul
sobre preceptos y enseñanzas del Talmud,
sobre el comentario y el comentario del comentario.
Los rizos de los piadosos hombres, negros tocados,
revoloteaban en el último aliento del ocaso;
danzaban sobre sus frentes las sombras de las ramas
y tras las negras capas
burlonas las largas siluetas corveteaban.

Enceguecidos por el resplandor
y el pensamiento
los dos caminaban hacia el gran horno;
la negra masa que desde los pies fluía
ocultaba la avenida y las casas y, agorera,
trazaba oscuridades en la inmensidad etérea.
Medio disco a la espera en el horizonte
nimbaba de oro dos siluetas enormes
que gesticulaban discutiendo el significado
del comentario y del comentario del comentario.
Y al morir el último surco luminoso
desaparecieron los dos en la nada del cosmos.

Ahora, en el último brillo, en el recuerdo
esos dos judíos van conmigo a paso lento;
mas no veo ya las largas sombras:
Sólo el sol que admirado va cayendo.

Leonard N. M. Newell (1961)

Filósofo

*Tomé prestado un libro de biblioteca pública
porque turbó mi mente la duda metafísica.*

*En la página 20 vi una araña abatida:
quiso filosofar pero perdió la vida.*

*En vez de alguna mosca, su red cazó el enigma
dejando sobre el folio su cuerpo como estigma.*

*Tejió sus hilos desde la “epistemología”
hacia el concepto pleno de la “sabiduría”*

*sobre el cosmos eterno y el misterio que entraña:
alguien cerró el volumen y adiós, curiosa araña.*

Leonard N. M. Newell (1934)



Vladimir Gazda

Vladimir Gazda (Eslovaquia, 1920 - 1999) es el seudónimo del poeta y traductor Eduard Vladimír Tvarožek, autor de *Sola en sunsubiro* (1992).

Oda a las manos de un alfarero

Voy por el camino que en un tiempo
llevaba al templo de la diosa Istar,
el mismo por el que pasaron
cuatro milenios que luego arrastraron
las aguas del Éufrates sereno,
testigo paciente de todo esto.

Arde el sol sobre mi cabeza,
el mismo sol en que brilló la gloria
del rey Hammurabi,
del rey Nabucodonosor;
el mismo brillo ardiente bajo el cual
el pueblo trabajaba.

Bajo este mismo sol, también el alfarero
que hizo el cántaro
hallado entre las ruinas,
y que se yergue ahora modesto
en una lejana esquina del museo,
lejos de las reliquias de oro.

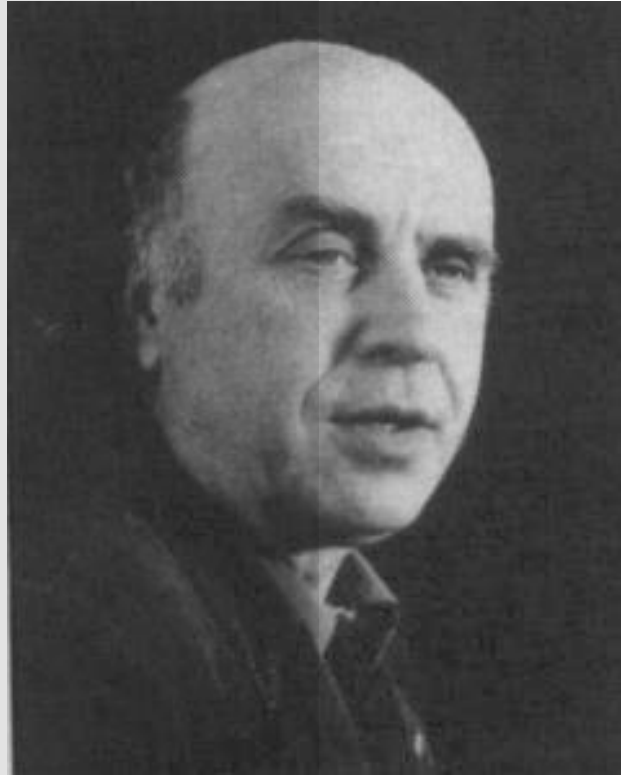
Me detengo en un cerro de arcilla
sobre las ruinas de la gran Babilonia
—lo que quedó de la ciudad
preferida de los reyes—
y pienso, con admiración,
no en la gloria dorada
del invencible imperio,
barrido ya por el tiempo,

sino en el alfarero ignoto
cuyo delicado cántaro
sobrevivió intacto
los cuatro milenios;

pienso en las manos que crearon
una obra más duradera
que los poderosos reinos
sobre armas levantados.

Y al lado fluye sereno
el Éufrates sabio y silencioso.

Vladimir Gazda (1986)



Mijail Ternavski

Mijail Ternavski (Ukrania, 1934 - 1998) es autor de un poemario, *Koloro* (1987), en el que destacan sus versos elementales, como apuntes de un observador.

No me lamento

No me lamento
porque un manzano
—que no necesito—
crece junto a mi ventana

Tampoco me lamento
porque las manzanas
—que no necesito—
caen a veces
por la ventana abierta
hasta mi cuarto

Me lamento porque
alguien

sí necesita
esas manzanas
pero no crece
un manzano como ese
junto a su ventana

Mijail Ternavski (1987)

Gaviotas

En donde yo vivo
no hay mar ni gaviotas

veía gaviotas
sólo en las películas y en imágenes
pero en las películas
y en las imágenes
las gaviotas siempre
vuelan sobre el mar

cuando visité
un pueblo de pescadores
vi por primera vez
a las gaviotas buscando alimento
en la playa
en los patios
incluso en los basureros
como cualquier ave de corral

no les reprocho nada
pero debo confesar
que me sorprendió ver eso
yo estaba acostumbrado
a que las gaviotas
vuelan siempre sobre el mar

Mijail Ternavski (1987)



William Auld

William Auld (Escocia, 1924 - 2006) es el escritor más reconocido de la literatura en Esperanto. *La infana raso* (1956) es su obra cumbre. Su poesía completa se publicó en 1987, con el título *En barko senpilota*. Sus versos están marcados por una ironía solidaria, a partir de la cual se recrean los espacios de la soledad y la infamia.

Faltan víboras

Me alegra
que aquí no tengamos
víboras.

Tenemos banqueros
políticos
periodistas
televisión
puritanos
y también otras
criaturas venenosas.

Pero víboras
no tenemos.

La vida sería
aún menos grata.

William Auld (1969)

Uno de nosotros

Se sienta bajo la lámpara.

Lee libros.

Se educa.

Cada vez se le ve más andrajoso.

Tres días para la barba
enmohecida.

Diez años para los hombros
jorobados.

No se inmuta si la esposa lo engaña,
y cada día se ve más anquilosado,
lo que era asombro ahora es pasatiempo,
y como un molusco desnudo en su concha,
teme asomar la cabeza.

Y demasiado tarde comprende
que nada ha realizado,
piensa en el noble muchacho que antes fuera
y cuyos ardientes sueños no bastaron.

Y entonces
se sienta bajo la lámpara.

Lee libros.

Caduca.

William Auld (1969)



Julius Balbin

Julius Balbin (Cracovia, 1917 - 2006) recuerda en sus poemas lo que vivió en el gueto y en los campos de concentración, de donde fue liberado en 1945. Sus experiencias como judío durante la guerra determinan buena parte de su obra: *The Bitch of Buchenwald / La hundulino de Buchenwald* (1986), *Imperio de l'koroj* (1989), *Damnejoj* (1992).

Lo único que teníamos

En el gueto
donde todavía
era posible
el sexo
la conocí.

Teníamos dieciséis años
y nos avergonzábamos
de nuestros cuerpos desnudos.

Tomados de la mano
nos abrazábamos con timidez.

En el campo de concentración
fuimos separados
por alambres de púas

pero nuestra pasión
ignoraba las barreras.

Las luces
de las torres de vigilancia
espiaban la oscuridad
cuando me arrastré
hacia las barracas de las mujeres
por debajo de los alambres
serpenteando
entre la vida y la muerte.

Llegué a la puerta
la abrí
y me dirigí sigiloso
hacia donde me guiaba
el susurro de mi amada
hacia donde desnuda me esperaba.

La pesadilla de la realidad
fue devorada
por el abismo
de nuestro abrazo
y nos elevamos
por encima
de todo lo humano
penetrando uno en el otro.

Alrededor las mujeres dormidas
suspiraban o roncaban
mientras nosotros extasiados
conteníamos la pasión
o silenciábamos los gemidos.
Copulamos
con una fogosidad que nuestros cuerpos
nunca habían conocido.

No teníamos nada
salvo el uno al otro.
Compartiendo esos momentos
nos movimos al ritmo
de la luna y las estrellas
que brillaron sobre nosotros
por siempre.

Julius Balbin (1981)

Un cráneo

Durante cuatro años
en los campos de concentración
nunca pude ver
mi cara.

Tres días
después de mi rescate
le pedí a una enfermera
del hospital
militar
ocupado
que me prestara
un espejo.

Mis dedos
se congelaron:
vi
unos ojos
que se hinchaban
desde el cráneo donde antes
estuviera mi cara
y me miraban estupefactos.

Julius Balbin (1982)